

mitad de su contenido en un jarro, volvió á meter la botella entre el zacate, y se fué á la cocina en busca de las fregatrices, que dormitaban sentadas en el suelo.

—*Ande usted*, le dijo á la del rebujo.

Este *ande usted*, es la frase consagrada de la galantería de sarape; *ande usted*



quiere decir «beba usted,» ó bien «¿usted gusta de beber?» ó «beba usted sin cumplimientos,» etc., etc.

De manera que la fregatriz obsequiada, tomando el jarro del borde é introduciendo en él tres dedos, lo pasó á su compañera, repitiendo:

—*Ande usted*.

La compañera hizo desaparecer sus na-

rices, sus ojos y parte de la frente en la boca del jarro, y disfrutando á la vez de la inhalación y de la bebida, se engolfó en el anisete. Pasólo en seguida á la otra mujer, quien á su vez lo devolvía al anfitrión. Este repitió la frase sacramental «*ande usted*,» rehusando tomar el jarro.

La fregatriz apuró el anisete, y sin dirigir la vista al obsequiante, devolvió el jarro, se limpió los labios con el rebozo, y volvió á taparse la boca en señal de recato.

El criado se dirigió á la azotehuela.

No pasó nada de esto desapercibido por el resto de la servidumbre, especialmente de Francisca la recamarera, quien no había visto con malos ojos durante el día al escanciador del anisete. Buscó pretexto para encontrarse con él en la azotehuela.

—Aquí tengo para usted, doña Pachita.

—¿Qué?

—Anisetito. Y yo, como esas señoras luego hablan, les fuí á dar un trago.



— ¡Ah! yo *creiba*...

— *Ande usted*, doña Pachita, continuó alargando el jarro.

— ¿Usted cree que yo voy á tomar anisete, después de?... *¡pos ora sí* no faltaba más!

Y Francisca hizo un dengue, y se volvió á la cocina. Había ya, pues, para la fermentación posterior, tres ingredientes en la cocina: amor, celos y anisete.

Entretanto, Saldaña había acabado de encender las velas. Los músicos acababan de entrar, escurriéndose uno tras otro, pisando quedito y hablando muy bajo. Saldaña los colocó en la pieza contigua á la sala y fué al comedor á seguir sus tareas.

La casa estaba completamente en silencio, y se respiraba por todas partes ese ambiente húmedo y de olor á ladrillo mojado. Se habían colocado doubles lámparas de petróleo en el zaguán, en el patio y en la escalera, y ya todo es-

taba listo, alumbrado, y limpio en espera de la concurrencia.

A eso de las ocho y media blanqueaba entre las macetas del corredor una cabeza descubierta con *salida de baile*. Era la primera señora que se presentaba y á quien sobrecogía el silencio que reinaba en la casa, temiendo haberse equivocado.

— ¡Si no será aquí!

— Aquí es, dijo su acompañante, conozco la casa como mis manos; sino como que es *baile de tono*, los concurrentes vienen tarde. Entraremos.

La señora y su compañero entraron á la sala, se detuvieron un momento en la puerta, y dirigiendo una mirada en torno suyo, se convencieron de que eran los primeros concurrentes.

— No hay nadie, dijo ella muy bajo.

— Así es mejor. No tenemos que saludar á nadie. Siéntese usted.

La señora se sentó sin quitarse el abrigo. Le parecía que con aquel trapo



blanco en la cabeza estaba más en carácter. Su acompañante se sentó junto á ella, poniendo su sombrero en la silla inmediata, y después de guardar silencio por algunos instantes se pusieron á hacer comentarios sobre la sala y sobre los muebles.

Al cabo de un largo rato entraron otras señoras, y como no había quien las recibiera, fueron entrando, porque para eso iban, para entrar; y como allí había una señora se dirigieron á ella.

Aquella señora, la primera que había llegado, era nada menos que Lupe, la madre de las criaturitas. Las recién venidas fueron poniendo la punta de los dedos de la mano derecha en el hombro izquierdo de Lupe, murmurando *buenas noches* ó un *cómo está usted*, más confuso que atento. Cada una de las que hacía aquello, se sentaba en seguida, y cuando había cosa de seis, entraron otras, quienes á su vez hacían eso de los dedos de la mano derecha con las demás hasta

encontrar silla vacía. No habían llegado á encontrarse dos conocidas; de manera que aquellos símbolos de abrazo, y aquellas frases de *cómo está usted* y *buenas noches*, eran cada vez más de pacotilla, al grado que parecía que aquellas gentes no se saludaban, sino se olían. Tenía, en efecto, aquella ceremonia más de canina que de social; tanto que cuando ya había más de diez señoras, las recién venidas no se encontraban con ánimo de dar diez abrazos, y al llegar á la quinta ó sexta de la fila, saludaban con la cabeza y se sentaban.

Los hombres se habían quedado todos en la antesala y en el corredor. Algunos pollos se calaban guantes blancos á grandes tirones, con más aire de boceadores que de bailarines, y alguno exclamaba:

—¡Caray, hombre, voy á echar una bailada esta noche!...

—Y yo también, pero no seas egoísta;



me buscas pareja tú que conoces á todas.

—¿Ya vinieron las Machucas? preguntaba un pollo empinándose.

—No; las Machucas vendrán más tarde, dijo otro como haciéndose sabedor de intimidaciones.

Había ya tanta gente, que los músicos se creyeron en el deber de templar, y la flauta soltó un *lá* agudo, y el contrabajo respiró como un león que huele la carne.

Las de los pollos temblaron de emoción y de esperanza.

Bartolita, su marido y Matilde aún no parecían; habían tenido que hacer muchas cosas para vestirse; pero la flauta había sido la voz de alarma.

Ya había en la sala más de veinte personas, y todavía las de la casa no acababan de vestirse. El marido de Bartolita fué el primero que salió de su recámara, cojeando.

—¿Qué tiene usted, coronel? le pre-

guntó Saldaña, al verlo apoyarse en las sillas para andar.

—¡Qué he de tener! ¡Este maldito zapatero que me ha hecho unos botines tan estrechos!...

—¡De baile, coronel, botines de baile! Le hacen á usted un pie elegantísimo.

—¡Por cierto de la elegancia! ¡si no puedo dar un paso!

—Ya darán de sí. Píselos usted un poco.

—Dudo que los pueda dominar.

—Deje usted que asienten.

—¿Y mi mujer? ¿dónde está mi mujer? ¿Ya está en la sala?

—No; se está vistiendo.

—¡Válgame Dios! ¡qué tocador tan largo! La concurrencia está sola.

—Si á usted le parece, haré que toquen una pieza para que se entretengan y así no echarán de menos á los señores de la casa.

—Bueno; mándela usted tocar.

Saldaña entró á la sala, y se dirigió



á la pieza en donde estaban los músicos.

—Vamos, maestro; toquen ustedes una pieza. Es necesario empezar.

Se enderezó perezosamente el contrabajo, y los músicos volvieron á templar sus instrumentos.

Al ver Saldaña que muchas señoras habían conservado sus abrigos, fué acercándose á ellas para suplicarles que se los quitaran. A medida que lo hacían, Saldaña iba recibiendo tápalos, sacos, salidas de teatro, bufandas y capas en el brazo izquierdo, hasta formar un promontorio con el que apenas cupo por la puerta, y en la recámara dejó caer aquella carga, invirtiéndola, sobre una cama, con lo cual estaba ya preparado el desorden y el extravío de los abrigos.

Había sobre algunas mesas y algunas sillas sombreros, bastones, paltós y paraguas. Saldaña cargó con aquel material y lo amontonó en la cama para despejar la sala.

Empezó la música. Era una polka; pero casi nadie se dió por entendido. Lupe y muchas otras de su calaña no sabían bailar polka; don Lucio mucho menos, y algunos otros pollos eran de esos que no aprenden á bailar en las academias de baile, porque escasean en esta culta capital, sino de los que se sueltan bailando de buenas á primeras por esa intuición coreográfica propia de la edad y del atrevimiento. De manera que lo que más fácilmente aprenden es la danza, que casi no es baile, sino vaivén acompasado y roce acompasado.

No hubo, pues, quien bailara la polka. Saldaña se dirigió á los señores.

—Vamos, señores, la polka.

—Yo no bailo polka.

—Ni yo tampoco.

—Que toquen una danza.

—Sí, es mejor danza.

—Maestro, una danza, dijo Saldaña al oído al violín.

Acababan de llegar Enrique, Jiménez



y su amigo, el que llevaba intención de enamorar á la tercera de las Machucas.

Ya Saldaña había abierto una de las puertas de las piezas interiores que daban al corredor, y todos los recién venidos entraban por allí para dejar sus abrigos.

Doña Bartolita acertó á salir á la sala en el momento en que bailaban la danza. De manera que entró, y como nadie la saludaba, porque no la conocían, buscó asiento y se sentó, como una de tantas; de lo cual quedó ella muy satisfecha, porque le hubiera sido embarazoso saludar á tantas personas. De la misma manera se deslizaron á la sala el coronel y Matilde, sentándose cada cual donde mejor les pareció.

Entraban por la puerta de la recámara el curial y su mujer, elegantísimamente vestida, con vestido de brocado blanco, con blonda de seda, adornado con rosas Príncipe Alberto.

Se produjo en seguida un rumor en la antesala, que anunciaba la llegada de las Machucas, y Saldaña, acercándose al coronel, le dijo al oído:

— Ahí está la de Camacho.

— ¿Cuál?

— Ahora la verá usted entrar, trae un vestido color de rosa, trae plumas y flores en la cabeza, y el pelo salpicado de polvo de oro.

— ¡Caramba! dijo el coronel, pretendiendo pararse sobre sus botines de charol ajustados.

— ¿Esa? preguntó.

— ¡Esa! dijo Saldaña con satisfacción.

La de Camacho atravesó la sala llamando la atención de todos los concurrentes, y sin apercibirse de no ser presentada, tomó asiento, abrió su abanico y se dejó ver más bien que veía á los demás.

A la sazón entraron las Machucas. Ellas se dirigieron á besar á Matilde, y



saludaron á varias de las señoras que estaban sentadas.

Tras de las Machucas, y después de producirse una oleada en los pollos, como en la mar cuando se zambulle un tiburón, entraron muchos á la sala.

—¿Quiénes son esas señoritas?

—Son las Machucas.

—Luego me lo figuré, dijo otra, que esas habían de ser las Machucas.

—¿Por qué se lo figuró usted?

—Yo no sé; pero como son tan mentadas...

—Pues como verá usted, no tienen nada de particular.

—Muchos ojos.

—Y mucho blanquete.

—Y muchas pretensiones, agregó otra señora.

Las niñas que iban á la Alberca Pane, su mamá y los tres novios acababan de llegar, y ya no tuvieron asiento en la sala. Estuvieron mucho tiempo en la recámara, sin que nadie las saludara

ni las invitara á quitarse los abrigos, hasta que acertó á pasar Saldaña, que estaba en todo.

—Señoritas, les dijo; pueden ustedes darme sus abrigos; vean ustedes, por aquí les buscaremos un rinconcito para que puedan encontrarlos á la salida.

Isaura dejó ver en todo su esplendor su vestido á verdes, y Raquel su chaqueta aquella, la de la transformación.

Ya había en la recámara varias señoras, que no alcanzando sillas en la sala, se habían sentado en las camas y donde habían podido. Lo mismo hizo la mamá de las niñas; aunque haciéndole poca gracia quedarse en la recámara. Ya que no bailaba hubiera querido ver bailar, porque para eso iba; pero había tanta gente, que se dió por afortunada con sentarse sobre un baúl.

Dos señoras acababan de entrar á la recámara con aire misterioso, porque se decían de vez en cuando palabras al oído.



—Yo sé lo que te digo, si lo conozco.

—¡Me parece imposible! ¡Un joven tan decente y de tan buena familia!...

—Pues no te quede duda. Pregúntale á Marianita á quien le consta el hecho.

—Sólo porque tú me lo dices.

—Créelo, y sobre todo, vamos á poner nuestros abrigos en puerto de salvamento.

—¡Pero cómo! ¡Mira en qué estado están los abrigos! Son un montón informe. Es probable que tengamos mucho trabajo para encontrarlos.

—Pues no hay más. Vén.

—Con permiso, con permiso, dijeron aquellas dos señoras pasando por la recámara al través de la multitud. Cuando estuvieron en un rincón empezaron á buscar sus abrigos. No bien habían empezado aquella operación, cuando se les acercó un indiscreto.

—¡Cómo! ¿Qué, se van ustedes tan temprano?

—No, señor, contestó una de ellas.

—Yo decía, porque sería una lástima.

—No, señor, buscamos nuestros abrigos para separarlos simplemente.

—¿Qué señas tienen? Ayudaré á buscar.

—Son blancos, contestó una de las señoras, buscando ella misma entre aquella trapisonada.

Tiraban de las puntas de todos los abrigos blancos, y de esa manera iban mezclándolos y confundiéndolos todos.

—¡Qué es eso! dijo un tercero. Parece que algunas señoras se quieren ir.

—¿Quién se va?

—No. ¡Nadie! ¡no se va nadie!

—¿Qué? ¿qué, se va alguno? Conque ahora empezamos...

—Por supuesto, dijo un tercero, que acababa de bailar y se limpiaba el sudor de la frente.

Entretanto aquellas dos señoras encontraron sus abrigos y con ellos en el brazo buscaban persona á quien encomendárselos.



—¿Les parece á ustedes que veamos al señor Saldaña? preguntó el comedido aquél que había ayudado á buscar los abrigos blancos.

—¿Quién es Saldaña? preguntó una de las señoras.

—Saldaña es... en fin, es el que... el encargado del baile.

Las dos señoras se preguntaron con los ojos.

—Nosotras deseamos entregar estos abrigos á alguna persona de la casa.

—Pues al señor Saldaña, porque las personas de la casa, yo... la verdad, no las conozco.

—Pues sea al señor Saldaña.

—Voy á llamarlo.

Las señoras esperaron con sus abrigos sobre el brazo.

Al cabo de un largo rato, apareció Saldaña muy fatigado.

—¿Qué se ofrece, señoritas?

—Queremos entregar á usted personalmente nuestros abrigos.

—¡Oh! ¡aquí están perfectamente!

—Sin embargo, si usted tiene la bondad de colocarlos convenientemente en algún lugar determinado...

—¡Ah, ya comprendo! dijo Saldaña, para que ustedes puedan encontrarlos á buena hora.

—Precisamente.

—¿De qué se trata? preguntó un amigo de aquellas señoras que ponían en salvo sus abrigos.

—¡De qué se ha de tratar, hombre de Dios! de salvar nuestras salidas de baile; figúrese usted que las acabamos de recibir de París.

—¿Y ustedes se imaginan que corren peligro?

—¡Y como que sí! Acaba de entrar...

Y una de aquellas señoras dijo un nombre al oído de su amigo...

—¡Y qué! exclamó éste atónito.

—¿Cómo? ¿qué, no sabe usted las gracias de ese sujeto?

—No; ¿qué gracias?



Y una de las señoras hizo con la mano derecha esa seña tan conocida en el lenguaje universal, que consiste en un movimiento de los dedos que todo el mundo traduce de esta manera: «ladrón.»

—¿Qué me cuenta usted? ¡Eh! ¡tan joven y de tan buena presencia!

—¡Y de tan buena familia! agregó la otra señora. Pero el hecho es cierto. No hay baile á que concurra en donde no se pierdan los abrigos.

—¿Pero será él? insistió el caballero, todavía dudando.

—¡Sí, señor, él, él mismo! Ya se le ha cogido infraganti; ya se ha rescatado alguna vez un abrigo perdido, que él había guardado en una casa de empeño.

—Sólo porque ustedes me lo aseguran; ¡parece increíble! pero, en fin, ¿qué han hecho ustedes?

—Entregar nuestros abrigos á... ¿cómo se llama?

—Saldaña, contestó la otra señora.

—¡Eso es! Un señor Saldaña que es el que...

—¡Sí, ya sé, Saldaña! ¡Oh! ¡sí, Saldaña! Entonces no tengan ustedes cuidado. ¿El los guardó?

—Personalmente; y nos aseguró que estaban bien guardados.

Mientras pasaba esta escena en un rincón de la recámara, Saldaña iba y venía del comedor á la sala, de la sala á la cocina y de la cocina á las recámaras. En la sala era bastonero, en el comedor repostero, en la cocina mayordomo, y en las recámaras guardacapas.

Todos buscaban á Saldaña, todos preguntaban por él, y él estaba en todas partes, rojo de calor y de fatiga, y sudoroso; pero solícito é incansable.

Mientras arreglaba una polka, se le colaron al comedor los pollos de la Alberca Pane, el ladrón de abrigos y los pollos de Iturbide. El más intrépido sacó un tirabuzón de bolsa y destapó cognac. ¡El cognac de cinco ceros de